

EL DILEMA DE JOSÉ

Orville Swindoll

Estaba a punto de quebrar el compromiso con su novia, pues había descubierto que ella estaba embarazada. Frente a esa evidencia de infidelidad y las inevitables burlas de sus compañeros, no podía seguir adelante. La imposibilidad de que ella le diera una explicación razonable complicaba más el trato. No veía ninguna manera de guardar el respeto de su familia o el testimonio de integridad personal si se casaba con ella.

Pero no podía negar que la amaba. Su corazón estaba partido en dos. Jamás pudo haber pensado que algún día enfrentaría una situación tan triste y tan devastadora. Frente al dilema quería encontrar una manera de resolverlo con nobleza. Así nos dice la Biblia en Mateo 1:19:

Como José, su esposo, era un hombre justo y no quería exponerla a vergüenza pública, resolvió divorciarse de ella en secreto.

Este lenguaje nos parece extraño y hasta equivocado. ¿Divorciarse? Si ni siquiera estaban casados. Pero en la cultura antigua, para los judíos el compromiso era muy serio, involucrando un acuerdo entre las dos familias (del novio y de la novia). Terminar abruptamente el compromiso era casi el equivalente del divorcio y quedaba un estigma social sobre los protagonistas.

José no veía ninguna alternativa honrosa. Claro está que a ella la dejaría mal y él quería evitar la vergüenza pública. Así que, meditaba en la manera menos problemática. Lo que más le dolía era que María no parecía capaz de darle ninguna explicación. ¿Cómo había ocurrido? A José siempre le había parecido una persona sumamente decente, cuidadosa, fiel en su devoción a Dios. ¡Y ahora esto!

Sin duda José buscó a Dios en medio de su dilema y su dolor. Y de pronto recibió una orientación sorprendente del trono divino:

Pero cuando [José] estaba considerando hacerlo, se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.»

Mateo 1:20–21

Es imposible entender este caso si no se toma en cuenta la devoción

incuestionable de José al Dios de sus padres, al Dios de Israel. De pronto ahora, no solo María encuentra imposible explicar este suceso; José tampoco encuentra palabras adecuadas para hacer entender a su familia su cambio de parecer.

Hay momentos cuando Dios exige una obediencia casi ciega —como, por ejemplo, en el caso de Abraham que fue llamado a sacrificar a su hijo Isaac— sin más explicaciones. En tales instancias, uno concluye que es mejor quedarse mudo y no pretender explicar nada a los que están a su lado. Pero José era una persona temerosa de Dios, un hombre de fe y gran valor. El texto que sigue nos dice:

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: «La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel» (que significa «Dios con nosotros»).

Cuando José se despertó, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado y recibió a María por esposa. Pero no tuvo relaciones conyugales con ella hasta que dio a luz un hijo, a quien le puso por nombre Jesús.

Mateo 1:22–25

Jamás había imaginado José lo que el soberano propósito de Dios determinaría como su papel principal en la vida. Hasta ahora toda su vida se había desarrollado sin grandes sorpresas. Había aprendido el oficio de carpintero de su padre, que probablemente lo había aprendido del suyo. Pensaba seguir así por generaciones más. De niño asistía con sus padres tanto a la celebración sabática en la sinagoga como a las grandes fiestas de enorme significado para su pueblo. Había aprendido de memoria muchos textos de las sagradas Escrituras y era fiel en su devoción a Dios. No había nada que lo destacara entre sus compatriotas. Quería formar un hogar santo y humilde con su pretendida María y criar una familia digna y estable entre el pueblo judío.

Pero lo que estaba ocurriendo ahora cambiaría radicalmente la tranquilidad de su existencia. ¿Y qué más vendría? Habría varias intervenciones divinas más en los tiempos siguientes. Una huida a Egipto y una vivencia allí por años. Todo esto era imprevisto por José y exigiría de él un oído muy atento a la voz de Dios y un gran valor para seguir en obediencia a esa visión celestial.

En poco tiempo más le tocaría cuidar y criar al Hijo de Dios, como si fuera su propio hijo. Le tendría que enseñar las Escrituras, conducirlo en el culto a Dios y

cuidarlo de las malas costumbres del mundo en derredor. ¿Sería capaz de hacerlo?

Cuando pienso en la nobleza, la fe y la entrega de José, quedo admirado y asombrado frente a la sencillez de su fe, su gracia y su dedicación a Dios y a su familia. María jamás tenía por qué dudar de su fidelidad, su generosidad, su esmero y su amor por Dios y por la familia. Su corazón estaba confiado en su marido, un hombre digno, trabajador, responsable y cumplidor.

Veo en esta familia maravillosa —compuesta de José, María, Jesús y los demás hijos— un precioso ejemplo que debemos emular. La Biblia nos da pocos datos sobre esa familia, pero lo que hay es realmente ejemplar. Y José estuvo al frente con fe y valor siempre.

Preguntemonos: ¿Cómo haríamos si nos tocara criar al niño Jesús en el seno de nuestro hogar? ¿Qué ajustes tendríamos que hacer? ¿Cómo modificaríamos nuestra visión, nuestras prioridades y nuestra devoción a Dios?

Pensemos en esto y determinemos vivir en nuestra familia para la gloria de Dios.